

UN ENAMORADO DE LA GIOCONDA

por N. Yáñez Silva

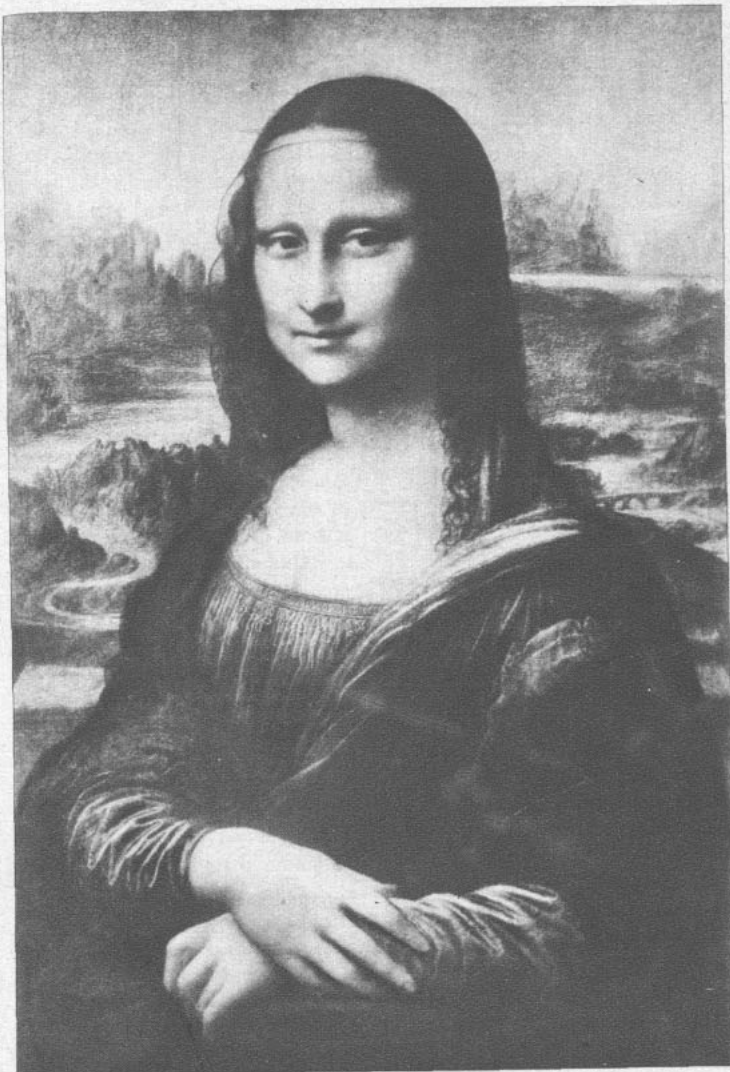
En aquella enorme galería que en el Museo del Louvre se llama del borde el agua, por la vecindad del Sena que ella ocupa, al terminar la escuela italiana, existe un sitio recogido, limitado por colgaduras de terciopelo rojo viejo, una especie de estuche que guarda la piedra preciosa de esa pinacoteca, el cuadro de la Gioconda, en el que aquella Monna Lissa sonríe al visitante con una sonrisa eterna y enigmática, sobre la cual se han escrito tantas críticas en el mundo y tantas polémicas se han suscitado. Peladan ha querido probar científicamente que aquel rictus de esos labios en los que el tiempo va poniendo día a día sus besos de pátina helada, no es una sonrisa sino simplemente una conformación especial de esas mejillas y de esos labios que ante el espectador sonríen enigmáticamente.

Sea como fuere, el hecho es que en aquel sitio, siempre se ven hombres y mujeres extasiados ante el cuadro. Una de mis entretenimientos favoritas en mis continuas visitas al Louvre, era observar a toda aquella gente enamorada del lienzo maestro, donde acaso el gran Vinci no hizo otra labor que emplear su técnica maravillosa para reproducir los rasgos fieles de la esposa del Giocondo por la que él, posiblemente, sintió una inclinación inquietante.

Una mañana de frío horrible de París, cuando parecía que el Louvre tenía más visitantes que de costumbre, que iban allí buscando el ambiente reconfortante de su magnífica calefacción, oí que a mi lado uno de los ujieres decía a otro compañero:

—¡Ahí está el de siempre! ¡El de todos los días!

Miré yo también hacia el sitio que ellos miraban y puede ver una boina vasca, de artista, muy usada en París, y bajo ella unos ojos claros, ardientes, como de pantera, que como dos carbunclos se engastaban en la palidez cerosa y soñadora de unas mejillas de joven, de pó-



mulos salientes que delataban la raza eslava y hacían pensar en los personajes novelescos de Gorki. Aquellos dos topacios en los cuales la perforación de la retina era como una gotita de tinta palpitante, estaban fijos en la Gioconda, tal que si al mirar se hubiesen quedado fascinados, hipnotizados para toda la vida. Su inmovilidad, aquella fijeza, para quien contemplaba al joven, terminaba por hacer daño, por causar una verdadera admiración, terminando por pensar puerilmente que esos ojos eran de vidrio.

—¿Por qué ha dicho usted él de siempre?—pregunté al guardia, que me respondió arreglán-

dose la manga de su brazo izquierdo mutilado (la mayoría de los guardias de los museos de París son mutilados de la guerra):

—Porque ese ruso viene ya todos los días, desde hace más de un mes, y hay veces que parece que se ha quedado dormido mirando el cuadro. No mira otro. Llega a las diez de la mañana, y suele salir a las cuatro de la tarde. Suele a veces meter la cabeza entre las manos, pero luego vuelve a la contemplación del cuadro, y ha habido ocasiones que a la hora del cierre, se le ha obligado a salir a la fuerza.

—¿Nunca ha hablado usted con él? ¿Nunca le ha preguntado usted nada?

—Sí,—me respondió el guardia—pero no responde, como si a su lado no viviese nadie, y él sólo viviese para el cuadro, ¡Quién sabe si éste es como aquel que hace tiempo se robó a *Madame!*—terminó irónicamente.

Yo le seguía mirando, me lo comía con la vista. El sólo atendía a aquella mujer que de entre ese crepúsculo verdoso y pardo, cautiva con esa sonrisa que dura ya más de cinco siglos, y que los franceses, hábiles y macucos para la réclame de su museo, explotan en mil formas diferentes. En aquel instante llegaron a sentarse al lado del ruso varias inglesas acompañadas de un guía que empezó ante el cuadro a recitar su lección en voz alta. Creí que el admirador iría a prescindir de ese pequeño escándalo, pero fué el caso que como si alguien le hubiese pinchado, miró a los nuevos visitantes, y se fué de aquel sitio, hacia el lado del Salón Cuadrado, deteniéndose algunos momentos ante la deliciosa virgen de Solario, la que se llama del Cojín Verde, y luego dirigiendo sus pasos hacia el rincón en que la Salomé, de Luini vuelve hacia un lado su mirada sensual mientras le presentan la cabeza exangüe del Bautista. ¡Cosa curiosa! Ambos cuadros son de discípulos de Leonardo, acaso los discípulos más amados del maravilloso maestro.

Cuando terminó de mirar el rostro de la Salomé, uno de los rostros femeninos más sugestivos del gran museo, volvió apresurado al sitio de la Gioconda, porque pudo observar que ya las inglesas habían abandonado sus posiciones y el guía ya gango-seaba más distante su lección aprendida, ahora ante los cuadros de Rembrandt. Pero como otros visitantes le tomasen el asiento, quedó en espera paciente, tal que si toda su figu-

ra envuelta en una amplia capa de estudiante, fuese una estatua de cera a la que se hubiese cubierto con un paño obscuro.

Como la hora avanzaba, me fui al hotel a almorzar, y volví, a las dos y media de la tarde. Penetré rápido a la galería del borde del agua por el Salón Cuadrado, como era mi costumbre, para seguir estudiando la escuela italiana. Pocos visitantes, a esa hora, y las copistas de Rafael y del Vinci, quedándose dormidas sobre sus balletes. Allá al fondo, en el sitio de la Gioconda, una silueta oscura, inmóvil, sentada, fijo los ojos en el cuadro. Era el joven ruso. ¿Había salido y había vuelto? ¿O qué? Me acerqué al guardia para interrogarle sobre el particular, y éste me respondió que a juzgar por lo que le había dicho su compañero, a quien había relevado en el turno de la tarde, el ruso no se había movido de su sitio. En otras ocasiones iba a almorzar y volvía, pero ese día, estaba allí como clavado, como incrustada su mirada en el cuadro. Dió un rápido vistazo a la gente que le rodeaba, con indiferencia, pareció que su cabeza se vencía de sueño o de fatiga, pero volvió a la contemplación silenciosa.

En realidad este espectáculo me sobrecogía, me emocionaba, pero como no podía seguir en aquella contemplación de quien contemplaba, seguí mi camino, y pronto me perdí en la sala de Van Dick, para pasar en seguida a la de Rubens, y allí mirando uno de esos cuadros espectaculares del gran flamenco dedicados a la exaltación de María de Médicis, me sorprendió el aviso de los guardias que advertían a los visitantes:

—¡On va fermer! ¡On va fermer!—grito clásico que le tengo patente y claro en mis oídos, y que es uno de los más típicos recuerdos de mi París. En esos momentos al tomar el camino de la salida, y que yo siempre

le hacía por las salas de la escuela francesa del siglo XV, me acordé del ruso, y seguí andando, para salir mejor por la Sala de los Siete Metros, y dar de paso una mirada a Ghirlandajo y a la Virgen maravillosa de Baldovinetti. Allí estaba el ruso. En esos instantes el portero le gritaba en sus mismos oídos la advertencia de *¡On va fermer!* que él pareció no oír. Ya no había nadie en la sala, sino tan sólo dos o tres guardias que se habían reunido junto al joven, y yo que me acercaba a él con loca curiosidad.

Su cara de cera estaba exangüe, sus ojos fijos parecía que empezaban a cerrarse, poco a poco, lentamente, hasta que todo su cuerpo se inclinó de un lado y rodó al suelo...

—Se ha desmayado... —oí que decía un guardia, mientras le miraba inquieto y consultaba a sus compañeros. Del bolsillo interior de su americana rodó un cartón. Era un retrato, un retrato de mujer bella, de enorme parecido a la Gioconda, en cuyo respaldo tenía escrita esta sencilla dedicatoria:

—“Cuando yo muera, y como tú dices que me parezco a la Gioconda, ve al Louvre algunos momentos para recordarme...” —Una firma y una fecha en una ciudad lejana de Rusia...

Cuando el muchacho volvió en sí, palpó su bolsillo interior, y como no encontrase allí lo que buscaba, nos miró a todos, y yo entonces le devolví el retrato, acción que él me correspondió con una sonrisa diciéndome en un francés con acento exótico:

—¡Oh! Monsieur, je vous remerci... je vous remerci... y me apretó fuertemente la mano.

El contacto de aquellos dedos largos y afilados me recuerda la sensación sentida una tarde de nieve, en París, en el Cementerio del Pere Lachaise, al dejar unas violetas sobre los copos blancos de la tumba de Daudet...